Julio Cortázar: por Angel Rama

# Una Novela Distinta en el Plata

VEINTE personajes variados —todas las edades, los sexos, las culturas— se embarcan para un misterioso crucero que durará unos tres meses, como recompensa de una más misteriosa lotería oficializada. La concentración en el café Londres y los tres días agitados de navegación durante los cuales se ejercitan en el amor, en la piratería, en las discusiones literarias, abriéndose unos a otros como frutas maduras, forman el cañamazo de un relato vertiginoso, siempre vivaz e impreviso, con una dosis de sorpresa intelectual, humor y sensibilidad nada comunes en las letras argentinas

*"Sospecho que este libro desconcertará a aquellos lectores que apoyan a sus escritores preferidos, entendiendo por apoyo el deseo y casi la orden de que sigan por el mismo camino y no salgan con un domingo siete"* dice Julio Cortázar en el epílogo de su novela *Los premios*, advirtiendo así a quienes esperan una novela fantástica en el estilo de los cuentos de *Bestiario*.

Sin embargo este desvío —que parece haber sorprendido primero que todos al autor—, venía anunciado subrepticiamente en los últimos escritos de Cortázar, especialmente en su volumen *Las armas secretas* (Sudamericana, 1959), y no conduce a una vía muerta ya que ha dado origen a una novela de amenizna y sugerente lectura, llena de posibilidades nuevas para la narrativa rioplatense.

Cortázar inicó hace diez años una carrera literaria segura con un conjunto de pequeñas historias fantásticas de precisa elaboración artística (*Bestiario*, 1951) que aunque parecían pertenecer al clima estético dominado por Borges, Bioy, Bioxo, S. Ocampo and Co., se distinguían por acepter con sutil trazo la pintura de una realidad conocida y contraponerla a un lenguaje irracional absoluto que se beneficiaba del misterio inexplicable que estatuía. De ahí fue saliendo, en la medida en que sus cuentos incorporaron personajes individualizados, a una estimación psicológica más atenta; el género fantástico entonces retrogradó a la situación característica del fin de siglo donde las explicaciones científicas o de mera patología psicológica (alucinaciones, perversiones, etc.) ofrecían la salida realista al planteamiento fantasioso.

Los cinco cuentos de *Las armas secretas* fracasan ostensiblemente en cuanto relatos fantásticos; las soluciones imaginativas resultan antojadizas, visiblemente impuestas por el autor que no consigue que sean legítimas emanaciones de los personajes y de la situación en que se insertan.

De ello es responsable, paradójicamente, la progresiva destreza narrativa de Cortázar quien es capaz de una invención realista séres aunque sostenida sobre esquemas literariados. Ese realismo no encaja ya con lo fantástico. La mayor destreza nace sin embargo de que el autor continúa viendo el mundo como un diorama fantástico: el exotismo de un paisaje y unos tipos de París habitualmente elaborado por arquetipos literarios.

Pero todavía aquí Cortázar sigue debatiéndose para dominar la materia literaria: es hábil en la presentación de los relatos, pero no sabe manejar el tiempo literario lo que le obliga a demorarse o a saltar bruscamente, y, sobre todo, no sabe rematar con eficacia. Constreñido en los moldes del cuento psicológico tradicional, se extiende reiterando una caracterización que no aprovecha luego, y que deja en la orilla del cuento sin elementos para el eterno sorpresivo que se reclama. De todos modos París le ha servido para un aprendizaje literario que se consolida en la novela. *Los premios* que escribe al regreso.

*"Esta novela fue comenzada con la esperanza de alcanzar una especie de biombo que me aislara lo más posible de la afabilidad que aquejaba a los pasajeros de tercera clase del Conte Bernard (ida) y del Conte Grande (vuelta)"* Más que aislarlo, lo sumergió de lleno en ese mundillo característico, con su estrafalaria mezcla de intelectuales sin recursos, inmigrantes, familias burguesas, con su sobrecargada dedicación a la comida, a la conversación y al amor, con esa suspensión del tiempo y de la realidad que le crea una atmósfera casi fantástica.

Varias cosas importantes le ocurren entonces a Cortázar y vale la pena enumerarlas:

1. — Los recursos del género fantástico se aplican de un modo ancilar a las necesidades de la acción narrativa y resultan sorpresivamente enriquecedores: para no perder tiempo en explicar los motivos del viaje de cada uno y su ulterior destino, se crea una misteriosa lotería cuyos premios son el crucero. La habitual prohibición de utilizar la popa, reservada a más altas clases económicas, se transforma en un enigmático comportamiento de la tripulación que así presta a lo prohibido un aura espiritual que algunos personajes explican metafísicamente y Persio por cosmogónica teoría teosófica.

2. — Los personajes, ostensible, ultrajantemente vulgares, se incorporan como elementos indispensables de la narración: con los mongoles de las revistas humorísticas —de ahí salen muchas frases y retruécanos— consiguiendo que sean materia literaria de posible digestión en un contexto superior. No hay nada del Dostoievski citado en epígrafe— que recupera a los seres vulgares con un adentramiento original. Cortázar no supera el costumbrismo más trillado, pero, a falta de originalidad en el tratamiento, soluciona el problema de la existencia de este conjunto de personajes que le sirven de caja de resonancia para la jerarquización de los restantes.

3. — Se maneja una serie amplia de criaturas en ninguna de las cuales falta un matiz verdadero (y a la vez condenado, como parece quererlo el autor incluso cuando es más feliz) y sus peripecias se engranan con habilidad y una nota ligera que está dada por la sobresubundancia del diálogo neorrealista. Tanto en la construcción de los personajes, como en las descripciones, Cortázar entremezcla lo importante con la minucia innecesaria y detallista, tomada de la realidad más cotidiana y gastada. Consigue así un falso aire de cosa vivida y, sobre todo, tiende un camino a la comunicación con el mayor público posible que en esta novela se reconoce y re-conoce su universe habitual. Virtud de novelista, al fin.

Fundamentalmente le ocurre a Cortázar una experiencia ante la que fue humilde y admirado servidor: sentir que la novela se le iba haciendo, escapandosele de esos moldes otros infinitamente rígidos en que se movió hasta ahora. Uno de los personajes, Paula, discute y ataca en un determinado momento esta presencia de lo "literario" tan pulcro y lamido que hace el 99 por ciento de los libros que aparecen en librería. Por este camino anda, aún tímidamente Cortázar. Le era tarde fácil hacer de esta novela una teoría del vivir humano, aprendido algunos pedales simbólicos que estaba esperándolo; pudo haber gobernado en base a interpretaciones propias el desarrollo de sus criaturas. Pero supo contenerse, dejarlos ir a su confuso, cambiante, pasional modo de vivir y es así que su libro no sólo no ha perdido el posible simbolismo sino que lo ha conseguido en un plano más hondo, menos esquemático; en la misma medida en que sus criaturas novelescas se mueven con libertad, dentro de sus cárceles privadas.

Este aire convincente y realista no engaña. Este es el libro más intelectual y aristocratizante que ha escrito Cortázar, el más estetizado también; todas sus líneas concurren a un espectador distante nutrido por el mejor arte y literatura del siglo, que sobrenada el mundo dinámico de los hombres y por un momento abandona el esfuerzo de comprensión profunda para limitarse a seguirlos. Es por eso un libro también expositivo, sin que en él nada autorice a hablar de una transformación interna de las criaturas, y el retorno final al mismo café *London* del que ha partido lo rubrica.

Por lo mismo es, en último balance, un fracaso en la carrera de un escritor que ha buscado tenazmente dos cosas: la más cuidada calidad artística y una explicación alógica del vivir. Es una nueva retrogradación por parte de Cortázar de la que no hay por qué lamentarse si hay un fracaso rico de posibilidades es esta brillante novela que le tiña a Cortázar hacia un arte más complejo y auténticamente original.